

9

PELICULAS

Novela Semanal

Raza de Hidalgos



25
CTS

por *Elena D'Algí*
& *José Nieto*

D'ALGY, TONI

PELÍCULAS

NOVELA SEMANAL

NÚM. 9 :: 25 CTS.

Adaptación literaria del precioso cinedrama de producción nacional

Raza de Hidalgos

(1927)

editado por la U. C. E. de Madrid (Unión Cinematográfica Española) y admirablemente interpretado por
ELENA D'ALGY, JOSE NIETO
Y MERCEDES JARES

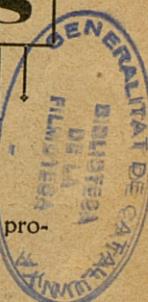
Exclusivas U. C. E. Apodaca y Madrid

Concesionarios para CATALUÑA ARAGÓN Y BALEARES
VILASECA Y LEDESMA S. A.

VIA LAYETANA, 53 :: BARCELONA

PUBLICACIONES MUNDIAL

APARTADO CORREOS 925 : BARCELONA



LA VIDA DE SAN JUAN DE VILLENA

REPRODUCCIÓN DE LA EDICIÓN DE
1540

EDICIÓN DE
1540

PRIMERA PARTE

En p'eña campiña andaluza que un sol de
fuego acaricia con el oro de sus rayos, enclau-
vado sobre un altozano donde hasta las pie-
dras reververan como un milagro de luz, ál-
zase el magnífico pueblo de Villaflor'es, donde
si flores no hay y abundan en cambio las pie-
dras centenarias que vieron las recias luchas
entre moros y cristianos, las recias batallas
empeñadas por los hidalgos castellanos para
arrojar de aquellos campos soleados las hues-
tes del infiel, hay una vista hermosa, un pan-
orama espléndido lleno de color, de calor y de
alegría.

Allá abajo, lejos del pueblo, pasa el mágico
Guadalquivir como una cinta de plata y alre-
dedor de sus orillas, se ven los álamos copu-
dos, los sauces de largas ramas y las encinas
de troncos retorcidos bordeando una vega rica
y feraz donde por la caricia de las aguas cris-
talinas, todo parece crecer y vivir con magna
prodigalidad.

Y según cuentan las crónicas y rezan los
papeles que huelen a rancio y conservan una
pátina amarilla de siglos, que ha convertido

a los pergaminos en pedazos de cuero seco y
renegrido, más arrugado que higa pasada, en
tiempos de aquellas luchas llegaron a Villaflor'es
dos magnates castellanos, valientes y ague-
rridos, a quienes una reina y un rey que han
pasado a la historia con el nombre de santos,
les dieron en fúero la comarca como premio
a sus grandes heroicidades.

Y desde aquellos ya casi tiempos remotos
Villaflor'es, pueblo rico y tranquilo se vió
agrandado por dos casas señoriales, la de los
Robles y los Heredías que compartían los do-
minios en tan buena hora legados como adqui-
ridos.

De aquellas nobles familias de hidalgos que
edificaron sus palacios uno en cada extremo
de pueblo, como si quisieran resguardarlo tras
los muros de sus feudales viviendas, quedaban
en el momento en que los conoció el narrador
de esta verídica historia muy pocos represen-
tantes. Pero si eran pocos, no por esto estaban
menos unidos los que en otros tiempo fueron
sembradores de paz.

De la familia de los Heredías, sólo quedaba
el joven Luis, un muchacho bueno que veía
desmoronarse la herencia paterna recibida lle-
na de grietas y resquebrajaduras y que mante-
ñía en el mismo estado sin aumentar sus males
ni procurar el remedio de ellos de forma que
los intereses de los préstamos iban haciendo
cada vez mayor la que en un principio comen-
zó por pequeña brecha.

A la familia de los Robles representaba
don Pedro Robles, que a la sazón declinaba
suavemente la cumbre de los cincuenta, de
barba cana rematada en punta, que ni era

barba ni perilla ; orgulloso de su rancia estirpe de castellano hidalgó hasta la médula de sus huesos y noble de alma y de corazón, era don Pedro como un resumen de todas las noblezas castellanas y españolas.

La alegría, el sol que iluminaba el ya iniciado ocaso de la vida de don Pedro era su hija Mari Luz, hermosa como un sueño y adornada de todas las buenas cualidades de su padre, amén de una dulzura de carácter heredada de su difunta madre, de cuyas virtudes se hacían lenguas todavía cuantos la conocieran en vida y a quien recordaban con fervor todos los pobres del pueblo no obstante los años transcurridos de su temprana muerte.

En el momento de comenzar esta narración la única rama restante de lo que en otro tiempo fué el poderoso tronco de los Heredías regresaba de Sevilla. Es decir, Luisito Heredías, ginete sobre los diez caballos de su Citröen, que por obra y gracia del progreso ha venido a sustituir a la briosa jaca cordobesa, regresaba de la gran ciudad vecina y se detenía ante el soto que había bajo el poblado a contemplar un campamento de gitanos, establecido allí desde largo tiempo y cuyos moradores eran bien conocidos por andar casi siempre por los contornos de la comarca.

Angustias, reina del campamento, señora entre los suyos, gitana que llevaba en sus ojos todo el fuego de su raza y en su cuerpo cimbreante la gracia de una huri, ofrecía su danza al «Moreno», un mocetón como de unos treinta años, como esculpido en bronce, curtido por todos los aires y todos los soles y que a la sazón era el jefe de la tribu. Y al contemplar-

la sentía rebullir su sangre y sentía también que sus ojos enardecidos por las contorsiones de la danzarina, se le marchaban tras de la hembra ingravida y voluptuosa, que parecía tener agilidad de felino.

Al pasar su cuerpo escultural por delante de los reflejos de la hoguera, parecía una vestal danzando ante el fuego sagrado.

Luis Heredía, estaba como ensimismado viendo danzar a la venus de bronce, que tan pronto le parecía una diablesa, como una ninfa de los bosques.

«Moreno», por su parte, apoyado el ancho torso en uno de los carros, la contemplaba también, brillantes sus pupilas por el deseo, y en una de aquellas cadencias de las guitarras enervadoras, tocadas por otros de la tribu, se arrojó sobre la gitana enlazando su delgado talle con uno de sus recios brazos, mientras con la otra mano hacía ademán de ahogarla. Angustias, que sabía que tras de aquellas rudas caricias quería su galán robarle un beso, se resistía furiosa y Luis Heredia, creyendo aquello una lucha y no pudiendo como buen caballero, soportar que ante sí, se injuriara a una mujer, abandonó su escondite, salió del grupo de árboles en que se ocultaba y como una aparición se lanzó sobre el «Moreno», arrebatándole su presa.

—¿Se puede saber quién le manda a usted meterse en camisas de once varas? —dijo el «Moreno» lanzando relámpagos de ira.

—Me lo manda mi natural condición de caballero, que no permitirá mientras me quede un soplo de vida, que otro atropelle a una mujer, valiéndose de la diferencia de sus fuerzas.

—Nosotros, cuando estamos de fiestas, no necesitamos a los caballeros para nada y aun cuando hubiera sido una riña, supongo ya debe saber que el mayor agravio que se le puede hacer a un buen gitano, es salir en su defensa, o en su ataque. Nuestras diferencias nos las solventamos nosotros mismos, conque...— y al mismo tiempo que tal decía, hizo ademán de sacar la faça que llevaba guardada en la cintura.

Pero al mismo tiempo también, Luis hizo avanzar un poco la punta de su chaqueta, denotando que dentro de su bolsillo había un cañón con algunas balas en la recámara, y los dos hombres, después de mirarse fijamente, volvieron a dejar las manos pendientes a lo largo de su cuerpo, en son de paz.

Angustias, acogida al regazo del Moreno, como para detenerle de cualquier mala acción, dijo a Luis:

—Se trataba sencillamente de unas caricias de novios, Don Valiente. No hay atropello de ninguna clase, de modo que si gusta, puede irse tranquilo.

—Perdonen ustedes que les haya molestado, en sus escarceos, pero francamente yo no estoy acostumbrado a ver que la gente se haga el amor con tanta violencia. Se ve que todavía no conozco bastante las costumbres «cañis», a pesar de ser hijo de Andalucía.

Y cuando Luis Heredia se perdió entre las negras sombras de la arboleda, el «Moreno», faça en mano, hizo ademán de salir a cortarle el terreno para darle un viaje a traición.

—¡Déjale marchar tranquilo, que es él solo más valiente que todos vosotros! A buen se-

guro que cualquiera de «ustedes» no os habrás metido en un «fregao» de esta clase por defender a una mujer.

Y apoyada su cabeza sobre el tronco de una robusta encina, Angustias, siguió mirando hacia el lugar por donde había desaparecido su caballero andante, cuyo rasgo de valentía quedó grabado en su alma con caracteres imborrables.

El Moreno, como si hubiese adivinado lo que pasaba en el interior del alma su adorada, se plantó ante ella y la cogió fuertemente por un brazo.

—¿Qué te pasa? — le dijo ésta asustada.

—¡Qué té quiero más que a mi vida y que si alguien pretendiera robarme tu cariño...

Y los resplandores de la hoguera, reprodujeron el brillo siniestro de una hoja acerada, blandida en el aire con gesto amenazador.

II

Días después de las encinas que acabamos de relatar, por la carretera que conduce a su castillo, encontramos a don Pedro Robles, en dirección a su vetusta mansión. Don Pedro, alto y un sí es no es enjuto de carnes, iba a caballo en su yegua cordobesa. A su lado, Juánón, bajo y rechoncho, espoleaba a su burro para que siguiera con su cansino paso el airoso caminar del caballo.

Vistos de lejos, parecían la encarnación de

los dos héroes cervantinos. Sus siluetas, recordaban las inmortales de Don Quijote y Sancho Panza, caminando a través de las polvorientas llanuras manchegas en busca de aventuras.

Y para que el similitud fuera más completo con los personajes creados por el Príncipe de los Ingenios, hasta en lo moral se parecían a ellos, don Pedro y Juanón. Mientras el primero, noble y altivo, era algo dado a soñar, por cuyo motivo su hacienda padecía idénticos males que los reseñados al hablar de los Heredías, el segundo, Juanón, era el reverso de la medalla de su amo: comodón y materialista hasta la exageración; pero eso sí, encerrando también en el fondo un alma, que en punto a generosidad, no cedía un ápice a la de su dueño.

Al llegar al castillo, el señor de Robles, dijo a su escudero:

—Sabrás Juanón, que hoy llega del colegio de Madrid la señorita Mari Luz.

Y Juanón que había visto nacer a la moza y la quería de todo corazón, estuvo a punto de saltar de alegría.

—Yo creo, señor, que este acontecimiento bien merece celebrarse con el vino de las grandes solemnidades.

—Tanto más Juanón, que si viene será para no volver. Es ya una mujer hecha y derecha y no es razón de que ande más entre monjas. ¡Ahora a casarla; a buscarle un hombre digno de su rango y a que me hagan abuelo cuanto antes!...

—¡Bravo, bravo, don Pedro!... Así me gusta oírle hablar — gritó Juanón, loco de entusiasmo —. ¡Ya me veo yo haciendo dormir a

los pequeños como cuando hacia dormir a la niña, digo, a la señorita. Y con su permiso voy corriendo a por la botella.

—Vete, vete, que a ti, en tocando la de hablar, hasta de beber te olvidas, ¡que es el colmo, con lo mucho que te gusta.

Escasamente había acabado de decir estas palabras el señor, cuando apareció el escudero



armado de una gran botella, cubierta de polvo. Una vez lá hubo destapado, colocó sobre la mesa una copa de reducidas dimensiones para su dueño y un gran vaso para él.

—Me parece Juanón — le dijo el señor de Robles sonriente, mirando el desmesurado tamaño del vaso — que tú abusas un poco...

—No lo crea señor, si me pongo otro vaso distinto, es porque esas copas son demasiado finas para mí... ¡En algo hemos de diferenciarnos!...

Dejemos trincando a señor y escudero en

amigable compañía, como dos viejos amigos que eran y pasemos a ocuparnos de un tren que en aquellos instantes corría veloz a través de las peladas llanuras manchegas, devorando kilómetros con inusitada rapidez pero nunca con tanta voracidad como exigía la impaciencia de una linda viajera que en uno de los compartimientos de primera clase parecía soñar, recostada sobre los muelles asientos.

¡Cuántos pensamientos agitaban en aquel instante su cabecita morena! Mari Luz, pues esta era la viajera, pensaba en aquel momento en que desde aquel día de liberación, empezaba para ella una nueva vida. Pensaba en las amigas de Madrid, con quienes había compartido los mejores años de su vida, en su padre, en el buen Juanón y... en un muchacho que se parecía a Luis Heredia como una gota de agua a otra.

Pero al llegar a este punto, dibujábbase en su frente una leve arruga y sus ojos parecían impregnados de un velo de tristeza.

Serían las cuatro de la tarde cuando Mari Luz irrumpió en las vetustas salas de su señorial mansión, que con su entrada parecieron inundarse de luz.

—¡Papá, papá! — gritó echando los brazos al cuello del autor de sus días y cubriéndolo materialmente de besos. —Qué ganas tenía de llegar!...

Detrás del grupo formado por padre e hija, contemplando a ambos con mirada triste, hallábase el buen Juanón, con sus brazos también abiertos.

—No te apures Juanón — dijo la moza reparando en la cara alargada del escudero, que

también para tí traigo guardado un abrazo desde Madrid.

Y desprendiéndose de su padre fué a colgarse del cuello de Juanón que en aquel instante se creyó transportado al séptimo cielo.

Al día siguiente, domingo, a las diez de la mañana, no había un solo villaflorense que no estuviera engalanado con sus mejores trajes para asistir a la misa mayor.

Camino de la iglesia, Mari Luz se encontró con la gitana Angustias. No estaba ésta acostumbrada a ver una señorita tan señorita en Villaflor y por curiosidad, más que por otra cosa, se acercó a la que creía una forastera.

—Con Dios, señorita — le dijo —, y que El la haga más gitana que la Virgen del Rocío. — Quiere usted darme una «perrilla» de esas que no muerden para que pueda añadírmela un volante a la falda?

Rió Mari Luz la ocurrencia de la gitana y sacó unos céntimos de su monedero.

—El corazón mío dice — repuso la gitana — que esos ojazos tan grandes y hermosos de la señorita están suspirando por un gachón moreno y resaltó que en cuanto se dé cuenta de la fuerza de su querer se va a ir con usted y la va hacer la más feliz de las mujeres.

—¿Cómo te llamas tú, que tienes tanto pa-

lique?—le preguntó Mari Luz a la hermosa gitana.

—Angustias González para servir a su merced y a toda su familia? ¿Quiere usted que le diga la «buenaventura»?

—No, gracias; otro día me la dirás, que hoy es muy tarde y no voy a llegar a misa.

Mediaba ya el santo oficio cuando Luis Heredia subía calle arriba, corriendo hacia la iglesia, casi con la lengua fuera de tanto correr.

—¡Vaya con Dios el Cid Campeador!—le dijo una voz conocida cuando iba a penetrar en la iglesia—. Hoy no conoce usted a nadie...

—¡Hola, Angustias! No te había visto.

—Lo que pasa es que los señoritos, dentro del pueblo, no conocen a los gitanos. ¿Qué dirían de usted si le vieran hablando con una gitana, un señor tan principal? Pero no tenga miedo, que, como somos nosotras las que abordamos a la gente, no tiene nada de particular.

—Contigo, Angustias—dijo el mozo con vehemencia no fingida—, soy yo capaz de hablar hasta en el palacio real, porque como mujer eres una reina.

Era guapa la gitana. Claro que no tanto como Luis le decía por halagarla, pero si lo bastante para que cualquiera perdiere por ella la cabeza. Y como Luis no era de los que deseaban un rato de charla con las guapas mozas, aquel día, por obra y gracia del sabroso palique de la gitana, que parecía mirarlo de una forma como para trastornarlo, Luis llegó a la iglesia con el tiempo justo para ver

tan bellas cualidades como son la avaricia, maldad, usura, venganza, envidia y cuantos aditamentos suelen llevar consigo toda esta clase de sentimientos.

Don Sebastián hablaba al dueño del castillo de ciertos pagarés cuyo vencimiento se hallaba próximo; pagarés que para el escaso peculio de don Pedro representaban una verdadera pesadilla, hasta el extremo de turbar su sueño.



Ante las exigencias del usurero, el buen señor de Robles quedó un momento perplejo, como abatido. Don Sebastián, en tanto, asomado a uno de los amplios ventanales, parecía recrearse en la contemplación del paisaje. No obstante, a fuer de sinceros, debemos declarar que las bellas vistas le preocupaban bien poco. En los campos yermos, en los huertos y sembrados que desde allí se divisaban, don

Sebastián veía hipotecas, tierras de los Robles y de los Heredias que no tardarían en pasar a sus manos...

—Don Sebastián—interrumpió el hidalgo—, mis deseos de satisfacerle son muy grandes; pero hasta que no venga la próxima cosecha y cobre de los colonos...

—Comprenda usted, don Pedro—repuso el usurero, sentándose en el alféizar—, que cuando yo vengo a recordarle estos compromisos a usted que lo aprecio como si fuera mi padre, es por algo muy grave, porque me urge mucho el cobro de estas cantidades. Además, si yo viniera a pedirle algo, en demanda de un favor, justo sería que me aguardara hasta que usted pudiera contentarme; pero en esta ocasión vengo a pedirle lo que es mío y, por muy sagrados que sean sus compromisos, los míos lo son tanto o más, al menos para mí...

—Es que en este caso tendría que pasar por la suprema vergüenza de vender y, francamente, el vender sería demostrar que la casa de los Robles no anda muy bien...

En aquel instante, el usurero miró hacia la plazoleta y, al ver a los dos jóvenes en amable plática, parecieron contraerse los músculos de su rostro.

—Todo esto tiene un arreglo, don Pedro—dijo el usurero, yendo derecho a su objeto—. A usted le consta que yo quiero a Mari Luz. Acceda a mis pretensiones y ella podrá volver a ser la dueña de lo que ya no le pertenece por entero.

Entonces fué don Pedro el que sintió bullir en su pecho una oleada de indignación.

—¡Todavía hay clases, don Sebastián!—repuso con gesto altanero.

—Entonces, cásela usted con Heredia y junte sus apuros con los suyos... Mejor ocasión que esta para llamarlo quizá no la encuentre...

De buena gana hubiera cruzado don Pedro la cara del cinico, pero al ver la señá que le hizo fué también hacia la ventana y estuvo a punto de estallar de indignación. Rápido bajó hasta la puerta de su casa.

—¡Mari Luz!—gritó de pésimo talante—, ¿cuántas veces he de decirte que los Robles no pueden cruzar su palabra con los Heredia?

La joven se separó de su amado y miró a su padre con ojos suplicantes. Don Pedro, sin hacer caso del dolor de su hija, prosiguió dirigiéndose al joven:

—¡Si vuelvo a ver a usted por las puertas de mi casa le mandaré azuzar los perros, como si se tratara de un ratero vulgar!

—¡Papá, por favor!...—suplicó ella, abrazándose e interponiéndose entre ambos.

Al ver la dolorosa mirada de su amada, Luis optó por retirarse, sin fuerzas para vengar la humillación. ¡Ah, si no hubiese sido el padre de Mari Luz!...

Ya en el salón, el señor de Robles mostró a su hija los retratos de sus antepasados.

—¿No te dicen nada estas caras, hija mía? ¿No te dicen nada los rostros de estos varones venerables? Uno de ellos murió a manos de un Heredia. Por lo tanto, mientras estas manchas de sangre vivan en la memoria de los Robles, vivirá también el odio hacia la maldita casta que las hizo derramar.

Don Sebastián miró al hidalgo, trazando una

interrogación con su mirada, y don Pedro se limitó a bajar la suya en señal de asentimiento. Esto le dió alas al usurero para dirigirse a la muchacha.

—No lllore, Mari Luz; usted tiene el suficiente talento para comprender que hay otros hombres en el mundo, sin contar con Luis, y que alguno de ellos podría hacerla muy feliz, asegurándole un porvenir de paz, amor y tranquilidad.

—Creo—prosiguió don Sebastián—que ya le he dicho bastante. Medite usted esta proposición y piense que de ella depende mi tranquilidad. Queden ustedes con Dios.

—Pero, ¿es posible, papá—dijo la joven indignada—, que tú hayas oído a ese hombre sin abofeteártelo?...

—No hay por qué disgustarse, hija mía—dijo el viejo con visible repugnancia—, don Sebastián tiene mucho dinero y buenas talegas son las que engordan...

La pobre muchacha no podía dar crédito a lo que oía. Le parecía imposible que un hombre tan austero, tan noble y tan celoso de su alcurnia como su padre, se expresara en semejantes términos.

Entretanto, Luis, sentado al pie de las cruces del Calvario, enclavadas a la entrada del pueblo, meditaba sobre cuanto acababa de sucederle y cruzó por su mente la historia, la génesis de aquel odio, que también los suyos le habían repetido más de una vez, sin duda para que siguiera cultivándolo con el mismo celo que lo cultivaron los anteriores.

He aquí la historia, querido lector:

Hacía muchos años, uno de los antepasados

del joven cortejaba a una doncella de la familia de los Robles. Debido a la mala reputación del novio, un hermano de la doncella se oponía a las relaciones entre el noble descendiente de los Heredias y su hermana. Cierto día, en el curso de un animado baile que se daba en el castillo de los de Robles, el hermano de la moza, por un futile motivo, se trató de palabras con el novio, y de las palabras vino el desafío, y de éste la pelea, en la misma puerta del castillo, cuyas losas se vieron teñidas por la sangre del primogénito de los Robles.

A partir de aquella fecha un odio feroz, transmitido de generación en generación, fué la divisa entre las dos familias. Y la sombra de este recuerdo, que, como una maldición, seguía flotando en el ambiente, venía a interponerse entre aquellos amores que, iniciados en la niñez, habían ellos seguido cultivando allá en Madrid, durante los años de estudios, a hurtadillas de todo y de todos, como si el amarse hubiese constituido uno de los mayores crímenes.

IV

Don Sebastián, hombre de acción, se presentó aquel mismo día en la casa de su rival.

—Señorito—dijo el criado de Luis—, don Sebastián dice que desea verle.

—Dile que no estoy en casa—repuso el mozo, que odiaba cordialmente al tal sujeto.

—Insiste en verle y dice que no se irá sin hacerlo—dijo volviendo el criado.

—Bueno; si tanto empeño tiene, lo recibiré, pero no en mi casa—dijo el mozo como hablando consigo mismo—. Dile que esta tarde, a las tres, iré al Casino y hablaremos cuanto quiera.

Aquella tarde, a eso de las cinco, Luis y don Sebastián caminaban a orillas del Guadaluquivir. No lejos de ellos, y al acecho de su pasión, iba la bella Angustias, más emperifollada que nunca.

Después de varios rodeos y circunloquios, el usurero entró de lleno en la cuestión que allí se había llevado.

—Mía, Luis—le dijo—, si desistes de tu propósito de casarte con Mari Luz, te perdono los pagaes que tienes pendientes. Me basta con tu palabra. Los rompemos y aquí no ha pasado nada.

—¡Es usted un canalla, don Sebastián!—dijo el mozo, zarandéandole violentamente por las solapas—. Yo dejaré a Mari Luz por cincuenta mil causas, por lo que sea; pero vender mis sentimientos por un plato de lentejas, ¡nunca! —Se entera usted ¡Nunca!...

En aquél instante se presentó Angustias ante los contendientes.

—¿Quieres que te diga la «buenaventura», *resalao*? —dijo encarándose con don Sebastián—. Anda, hermoso, déjame que te la diga, que tienes perfil de predicador y te diré muchas cositas buenas...

Don Sebastián apartó de si a la gitana con gesto iracundo y ésta quedó con Luis en amable coloquio.

—¿Se puede saber por qué querías sacudir el polvo a don Sebastián?—le dijo mimoso.

Cogidos del brazo, devorándose con la mirada, Luis y Angustias fueron hasta el borde del río a sentarse sobre un tronco arrastrado por las grandes avenidas.

Don Sebastián, al verlos en aquella actitud, acercóse hasta el campamento de los gitanos y llamó al «Moreno».



—¿Qué quiere usted?—respondió éste de mal talante.

—Hombre, verás; yo sé que tú y Angustias... en fin, que te gusta la moza, y como soy buen amigo tuyo, pues no me gustaría verte hacer el ridículo, ¿comprendes?

El gitano hizo ademán de pegarle, pero el usurero lo contuvo con un gesto.

—¿Crees que te engaño? Pues mira, allí la tienes.

Y, así diciendo, le enseñó la pareja.

En los negros ojos del «Moreno» brilló un relámpago de ira y al mismo tiempo acarició el mango de su faca.

—¿Qué piensas hacer ahora?—le dijo maligno don Sebastián.

—¡Matarlos! —repuso el gitano con voz sombría—. El jueves irá Angustias a Sevilla a bailar en la taberna del Trianero. Si este pájaro la quiere, irá también detrás de ella y si va... Cuando el vino corra y la gente no sepa por dónde anda... el «Moreno»... ¡Por éstas, don Sebastián! —dijo, haciendo una cruz con el índice y el pulgar y besándola después.

—¡Eres todo un hombre, «Moreno»! —repuso don Sebastián sacando la cartera—. Toma; esto para ti...

—Muchas gracias, señor—dijo altivo el «Moreno»—. Soy gitano de verdad y cuando me pierda será sólo por amor, como se pierden los hombres de corazón.

Don Sebastián no insistió. ¿Para qué si más barato ya no le podía salir?

Entretanto, Luis y la gitana, sentados sobre el tronco muerto, seguían su dulce plática.

—Bailas muy bien, Angustias—le decía él—. Por verte bailar sería yo capaz de ir hasta la China si fuera preciso.

—No hace falta que vaya tan lejos su merced—dijo ella riendo—. Con que vayás el jueves a Sevilla, a la taberna del Trianero, tienes más que suficiente.

—Pues cuenta con uno de la claque, Angustias. Más seguro soy yo allí ese día que el mismo camarero. Te jalearé hasta quedarme

ronco y te largaré más palmas que dan en un domingo de Ramos...

Al día siguiente, a la salida del pueblo, Angustias se encontró otra vez con Mari Luz, que iba a visitar unas familias pobres.

—¿Dónde vas, Angustias?—le preguntó la señorita de Robles.

—Voy pidiendo, señorita, siempre pidiendo... Mi vida es un camino muy largo, lleno de piedras, con algún que otro pedacito de pan, encontrado a fuerza de andar...

—Pobrecita gitana! —dijo Mari Luz, acariciándole la negra cabellera con su blanca mano—. Toma, y que Dios te haga muy feliz.

Al verla tan buena y tan dulce, Angustias sintió un amargo remordimiento por lo que estaba haciendo con Luis, a quien, como vulgarmente se dice, le había calentado los cascos. Y en su pecho de mujer brotó un deseo purísimo de no hacerla daño. La hidalgüía de los viejos blasones de piedra se acogió en ella, tallada en carne viva. Al volver al campamento, se encaró con el «Moreno».

—El jueves no voy a Sevilla, «Moreno».

—¡El jueves irás a Sevilla, porque te lo mando yo!

En la cara del «Moreno» vió Angustias una expresión de odio que de momento no pudo precisar, pero que creyó adivinar y heló la sangre en sus venas. Ante las amenazas del vengativo gitano, no tuvo más remedio que acceder, consolándose con la idea de que haría cuanto estuviese en su mano para impedir cualquier desgracia.

V

Llegó la noche del jueves y entre la gente de *tronío* de Sevilla no se hablaba de otra cosa que de la aparición de Angustias, la gitana, estrella de la danza flamenca. Hasta mister John y mister Bull, dos norteamericanos delegados de una gran Empresa de espectáculos, en tournée por España, a caza de artistas, fueron a ver el arte sin par de la bella danzarina.

A las primeras de cambio, en el baile flamenco se originó una pequeña bronca.

Uno de los dos americanos, un poco asustado, hizo además de salir corriendo.

—No se apure usted, amigo—le repuso el otro—. Aquí reñir por todo. Esto ser número de programa también. Hacer muy flamenco el reñir y sacar puñales.

Ante esta aclaración, el otro se sintió tranquilizado y siguió atando furiosamente las cañas de manzanilla.

—Nosotros desear hablar con bailadora Angustias—dijeron al camarero.

Este salió en el acto a comunicárselo a la gitana.

—Esos señores —le dijo— son ingleses de teatros, que desean contratarte. Pórtate bien con ellos, que hay *parné* a ganar.

—Si usted bailar bien—le dijo mister Bull—, nosotros contratar para revista de Nueva York.

En aquel momento Angustias vió penetrar a Luis y fué tal la emoción que esta entrada le produjo, que hasta dejó de oír a los ingleses y de prestar atención a las parejas de danzarines que en el estrado trenzaban puntos y más puntos al son de la guitarra y de los *palillos*.

El público, ansioso de ver a la estrella, comenzó a protestar y a desechar a las demás parejas de *bailaores*.

—¡Que baile Angustias!... ¡Que baile... que baile!

En uno de los extremos del tablado, sentado ante una mesa, hallábase Luis. Al otro lado, fijos en el aristócrata sus ojos relampagueantes, hallábase el «Moreno».

—Vete, Luis, vete!—le dijo Angustias al subir al estrado entre los aplausos de la multitud—. ¡Vete, que el «Moreno» te mira de muy mala forma y temo no suceda algo!

Al terminar sus danzas se desbordó el entusiasmo del público por la bailadora.

Angustias descendió de su trono y fué hacia su amigo:

—¡Por Dios, Luis!—le dijo con acento suplicante, sentándose junto a él—. ¡Vete antes de que pase algo!...

Pero en aquel instante, el gitano, al ver a su amada junto al señorito, sintió que su vista se nublaba y, sacando la faca, se precipitó sobre él. Afortunadamente, los parroquianos vieron la acción y tuvieron tiempo de sujetarle el brazo. Unos cogieron por su cuenta al gitano, otros a Luis y la cosa no pasó de un escándalo monumental. Angustias se refu-

gió junto a los yanquis, que aplaudían sin cesar.

—¡Muy bien, señorita!—le dijeron—. ¡Esto estar pero que muy bien! ¡Quedan los tres contratados con el sueldo que quieran!...

—*Místeres*—intervino el camarero—, hagan el favor de retirarse, que esto va muy en serio.

Y mientras unos sujetaban al gitano, haciéndole salir, y otros impedían que Luis se abalanzara sobre su enemigo, los norteamericanos salieron por la puerta principal, haciendo *eses* y llevando consigo a la gitana.

—¡Hoy te escapas!—gritó el «Moreno» al salir, dirigiéndose a Luis—, pero mañana...

—¿Y Angustias?—dijo Luis al ver que la gitana había desaparecido—, ¿qué ha sido de ella?

—Ha salido con los ingleses, señorito; pero usted se queda aquí hasta que esto pase del todo—objetó el Trianero—. No quiero que se diga que por mi culpa ha ocurrido nada a un señor tan principal como usted.

Y fué inútil que el joven pretendiera marchar tras de la gitana, que a la sazón, arrastrada casi por los extranjeros, marchaba hacia el yate de éstos, anclado en el puerto, no lejos de la taberna famosa.

—Tú venir con nosotros—le decían—. En Nueva York te pondrás artista famosa de muchos dólares...

Al pasar por una calleja estrecha vió Angustias una imagen de su querida Virgen del Rocío encerrada en una hornacina, alumbrada por una pobre lámpara de aceite, y se posternó ante ella.

—¡Virgencita, dime qué hago!...

Y le pareció que la Virgen aprobaba su pensamiento. Le pareció que le mandaba marchar para huir del martirio que le esperaba al lado del celoso «Moreno» y también para que Mari Luz fuera del todo feliz al lado de su amado, sin sombra alguna que viniera a empañar la dicha de la señorita buena.

—¡Vámonos!—dijo en un arranque de energía—. ¡Soy con ustedes!

VI

Al llegar al barco Angustias se encontró en un ambiente extraño, con un lujo y un refinamiento que jamás pudiera imaginar.

—¡Tenemos el honor de presentarles a ustedes a la mejor danzarina de Sevilla!—gritaron los empresarios, dirigiéndose a los demás turistas que llenaban el barco y que a la sazón se hallaban en plena juerga, completamente yanqui.

Angustias, entre aquellas gentes que le hablaban en lengua para ella enteramente desconocida, que le ofrecían bebidas de un gusto atroz y que bailaban al compás de un gramófono o de la pianola los bailes más estrambóticos, se sintió como transportada a un mundo de fantasía y de tortura. El pensar que habría de vivir entre aquellas cuatro paredes, cual un pájaro en su jaula, acabó de decidirla.

Comparó todas aquellas músicas con la guitarra; los *cocktails* con la manzanilla, que le

vanta el alma, y, sintiendo también la nostalgia de su vivir errante, cambió por completo de modo de pensar. ¿Qué sería de los suyos sin sus danzas, que eran la alegría del campamento? Se le apareció, por fin, éste, quieto, tranquilo, y ya no dudó más. En un momento de distracción de los americanos, que ya no tenían la cabeza para vigilar, ni mucho menos, descendió la escalera que daba acceso al yate y, al hallarse en tierra, respiró a pleno pulmón el aroma con que parecían obsequiarla las flores de los jardines sevillanos.

Y, al amanecer, mientras Luis Heredia seguía buscándola por todos los rincones de Sevilla, Angustias emprendía a pie el camino del campamento, casi detrás del famoso «Moreno».

Al día siguiente don Sebastián se enteró por el gitano de lo ocurrido y le faltó tiempo para espaciar la nueva por Villaflóres, contándolo, claro está, a su modo.

Firme en su propósito de casarse con Mari Luz, el usurero no podía dejar de ir al palacio de los Robles con la buena nueva del escándalo.

—¡Es el colmo, don Pedro! ¡Figúrese usted, por una gitana!...

Y, contra lo que pudiera suponerse, más irritaron a don Pedro la doblez y vileza del usurero, que de tan ruines armas venía a valerse (armas de mujerzuela) para desprestigiar al de Heredia a los ojos de su hija, que el mismo escándalo del joven, escándalo que, en cierto modo, encontró disculpable...

—Yo también he sido joven, don Sebastián —le dijo por fin—, y también tengo en mi ha-

perlativo, sin saberlo, presentía el drama que a su alrededor se estaba desarrollando y no cesaba de mirar a su padre. Y tanta era su intranquilidad, al ver el cejijunto rostro del autor de sus días, que ni siquiera se atrevía a preguntarle la causa de sus preocupaciones.

Pero dejemos a los del castillo en brazos de la incertidumbre y volvamos al teatro del drama. Apenas oyóse en lontananza el ronco trépidar del coche de Luis, el «Moreno» se plantó a un lado de la carretera y apuntó el arma homicida. Y cuando el joven cruzó por delante de él, disparó, yendo la bala a incrustarse en uno de los hombros de Luis.

El «Moreno» intentó repetir la suerte, pero Juanón, que a la sazón se hallaba a unos cuantos metros, apuntó su carabina y el gitano dejó caer la pistola, dando un alarido de dolor, atravesada su diestra por un certero balazo.

Jadeante y sudoroso, empapado como una esponja, llegó Juanón al castillo.

—Poca cosa, señor—dijo, respondiendo a la mirada de su amo—. El gitano, en cambio, se ha llevado su merecido. Me parece que no volverá a disparar más, al menos con la derecha...

—¡Juanón, por lo que más quieras, habla!— gritó Mari Luz, abrazándose al cuello de su criado—. ¡Dime qué le ha ocurrido a Luis!...

Juanón contó en cuatro palabras lo sucedido y momentos después los señores de Robles, por un sentimiento de caridad cristiana el padre y de amor ardiente la hija, atravesaban los umbrales de la casa de sus enemigos de toda la vida.

Hasta después de estar allí no se dió cuenta don Pedro de la trascendencia del paso que

acababa de dar. Y una vez junto a la cabecera del herido, el señor de Robles, hidalgo español, resumen de todas las noblezas, sintió la más grande: la del alma. Al dejar caer una lágrima generosa sobre las albas fundas del lecho, levemente salpicadas por la sangre generosa del muchacho, el caballero del ideal que alentaba dentro del viejo le hizo olvidar el rencor de sus rancias tradiciones. La hidalgüía de su raza no fué en el odio, sino en el perdón.

A la misma hora llegaba el «Moreno» a su campamento con la mano derecha vendada y daba orden de despertar a toda la tribu.

—¡Acabo de herir a Heredia!... Tenemos que huir inmediatamente!

Al amanecer, cuando todo estuvo listo, la caravana emprendió su éxodo.

En aquel mismo instante Luis recobraba el conocimiento y estuvo a punto de volver a perderlo. ¡Tal fué la extrañeza que le causó lo que se ofreció a sus ojos!...

A un lado de su cabecera estaba don Pedro, el hombre que siempre lo había mirado de manera furibunda, y al otro... Al otro estaba Mari Luiz, sonriéndole cariñosa y ofreciéndole la divina rosa de sus labios.

Y mientras en la mansión de los nobles hidalgos se esfumaban las cenizas de un gran odio para dar paso a las flores de un gran amor, en el horizonte, todavía nebuloso, se destacaba la silueta de un carro de bohemios. Allí dentro iba Angustias, que, inundado su corazón de tranquila amargura y hablando con sus propias lágrimas, comenzaba de nuevo a vagar siguiendo su vida errabunda...

